



cinemateca  
uruguay

junio 1999



BANDA ORIENTAL

## FICHAS DE CINE: 2

*Abbas Kiarostami: El sabor de la uva*



# Kiarostami, Makhmalbaf, Panahi y los otros

# 1. EL CINE IRANI

Cuando la revolución de 1979 transformó la decadente dictadura del Shah Reza Pahlevi en la rigurosa República Islámica de Irán, la producción cinematográfica cambió radicalmente, así como muchos otros aspectos de la vida. Para entonces, la industria cinematográfica iraní tenía cincuenta años de experiencia y mil doscientos largometrajes de ficción en su haber. La revolución del Ayatollah Khomeini la sorprendió, infortunadamente, en medio de la peor recesión de su historia. El desorden que siguió, marcado por la incertidumbre y los rápidos cambios políticos, condujeron al cine a un estado de caos. Nada anunciaba el dorado período de creatividad que seguiría unos años después.

La victoria de la revolución, el primero de febrero de 1979, fue acompañada por un período de recesión de cuatro años durante el cual la industria cinematográfica se llamó a silencio. Reinaba la confusión acerca de los límites de la propiedad privada. Las salas de estreno pertenecientes a empresas norteamericanas, inglesas y francesas fueron nacionalizadas. La situación política fue muy tensa durante los años 1978 y 1979, y varios cines, denunciados como «centros de corrupción», fueron incendiados. Los dueños de las salas comenzaron a cerrar sus puertas, y los productores, que ya estaban en la mala, se negaron a invertir un solo céntimo en la producción de películas.

Uno de los problemas era que nadie sabía cómo iban a ser aplicados los preceptos del Islam para las artes y el entretenimiento. «Incluso las autoridades parecían confundidas acerca de qué es el cine islámico», señala el veterano director Bahram Bayzai. «Había varias interpretaciones». La producción anual, que había llegado a noventa películas en 1972, descendió a dieciocho en 1978 y alcanzó un piso histórico con once en 1982. Más tarde volvió a aumentar, pero no había suficientes salas. En 1986, más de la mitad de los cincuenta y siete films realizados en el año quedó sin estrenar. A algunos se les negó distribuidor. Sin embargo, gracias al bloqueo del cine extranjero, las películas iraníes superaron ese año a las importaciones por un margen considerable.

## Creación de la Fundación Farabi

Si los tempranos años ochenta fueron tiempos difíciles para la industria cinematográfica, también determinaron un cambio en la actitud de las autoridades frente al cine, que empezó a ser percibido como una herramienta clave para la creación y difusión de un nuevo modelo cultural al servicio de los ideales revolucionarios. En 1983 se creó la Fundación Farabi del Cine, con el cometido de definir un nuevo modelo de producción cultural. Una de las metas fue la de crear un cine con su identidad cultural propia, mejorando el gusto del público y dando al cine iraní prioridad en las salas. «Teníamos que explicarle a todos qué se esperaba que un director, un actor, un camarógrafo, debían hacer», explica el director de la Farabi, Sayyad Mohammad Beheshti

A la larga, la solución más sencilla fue la de buscar nuevos realizadores. Los directores veteranos comenzaron a verse estorbados. Los que no abandonaron la profesión se vieron obligados a trabajar en condiciones que distaban de ser las ideales. Muchas de sus películas fueron prohibidas. Le ocurrió a Bayzai con la adaptación de su pieza histórica **La muerte de Yazdgerd**, y a Massoud Kimiai con **La línea roja**. Y también hubo problemas para los productores, libretistas y actores. Las directivas oficiales establecieron que ninguna actriz popular de los tiempos anteriores a la revolución pudiera aparecer nuevamente en una pantalla. Se prohibió igualmente que las mujeres de «extraordinaria y seductora belleza» se convirtieran en actrices profesionales, y por lo menos una conocida comediente debió volver a su actividad original, la venta de tapetes. Los recién llegados se beneficiaron del vacío dejado por este retiro prematuro y forzoso. El director Mohsen Makhmalbaf calcula que en sus primeras siete películas utilizó entre doscientos y trescientos nuevos actores y actrices. Miles de jóvenes se graduaron en la escuela de cine. Cientos de nuevos críticos aparecieron. El público creció con ellos.

## La batalla por la autonomía

«Queríamos que nuestras películas pudieran subsistir con el mercado interno», subraya Beheshti. «Teníamos los artistas y la población para crear un mercado autónomo en Irán, algo que pocas naciones pueden hacer. Con este objetivo en la mente, decidimos enfocar nuestra atención en la producción».

La batalla por una producción autónoma conoció varias etapas. La primera se desarrolló entre 1983 y 1986, y su lema fue «renovación». El director de la Farabi explica: «Calculamos que para sostener una industria cinematográfica completa, con sus laboratorios, salas y personal, necesitábamos producir cuarenta y cinco películas al año. Desde un punto de vista económico, nuestro cine debía hacer dinero, de modo que desarrollamos una serie de reglamentos para que ello fuera posible. Por otra parte, desde un punto de vista cultural, nuestro cine debía dirigirse a nuestra gente y reflejarla en la pantalla».

Pocos films realizados en esos primeros años se recuerdan hoy. La propia crítica iraní ha sido severa con ellos, tachándolos por lo general de banales, oportunistas y falsamente revolucionarios. Más importante parece haber sido lo que empezó a ocurrir en 1987, momento en que la Farabi se sintió con fuerzas para dar otro paso: considerando que el cine ya podía subsistir por sí mismo, comenzó a apuntarse también a la calidad. Para estimular la producción de calidad, el Ministerio de Guía Islámica creó un sistema de calificaciones para las películas iraníes, de la A a la D, de acuerdo a su mérito. Los films calificados A y B podían cobrar entradas más caras, publicitarse en televi-

